

Dar razón de la esperanza hoy

XXI Semana de Teología Pastoral

Juan Pablo García Maestro¹

Del 26 al 28 de enero ha tenido lugar la **XXI Semana de Teología Pastoral** organizada por el Instituto Superior de Pastoral (Madrid) de la Universidad Pontificia de Salamanca, que viene celebrándose anualmente.

Las jornadas reunieron en el Auditorio Ángel Herrera a un buen número de alumnos y agentes de pastoral de muy diversas procedencias. El programa adelantaba que, ante la situación de crisis generalizada y desánimo difuso, la convocatoria pretendía presentar de forma renovada el aliento de la esperanza y estimular la responsabilidad de los cristianos, y ofrecer signos concretos de la gran esperanza en algunos lugares especialmente necesitados de ese aliento.

Los títulos de las ponencias que se sucedieron dan una idea del tratamiento del tema: *Lo teologal de la esperanza. ¿Qué esperanza presenta hoy el cristianismo?* (**Felcísimo Martínez**); *Otra lectura de la crisis económica* (**Francesco Gesualdi**); *La hondura y las dimensiones de la crisis* (**Julio Lois**); *Respuestas del cristianismo a las crisis vividas en la historia* (**Ángel Moreno**); *¿Esperanza de salvación o conquista de la felicidad?* (**Juan Martín Velasco**); y *Razones para esperar en medio de la crisis* (**Camilo Maccise**).

¹ Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad. Es profesor de Teología Fundamental y de Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas San Pío X. Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid).

El religioso dominico **Felicísimo Martínez**, profesor en el Instituto Superior de Pastoral, centró su ponencia en *lo teologal de la esperanza*, es decir, de la esperanza que Dios infunde en la humanidad y de sus consecuencias. Pero consciente de que al reflexionar sobre lo teologal de la esperanza no se puede prescindir de lo humano de la esperanza. Aquí vuelve a aparecer una cuestión ya clásica en teología: ¿Son dos o una única esperanza en dos dimensiones? ¿Hay dos historias, una salvífica y otra profana, o una sola historia con dos dimensiones? Al menos el sujeto es el mismo, el ser humano, aunque en el caso de la esperanza teologal sea un sujeto calificado como cristiano. Pero, ¿no se extenderá lo teologal de la esperanza más allá del cristianismo, debido a que el Espíritu de Dios actúa donde quiere y cuando quiere? ¿No vendrá de Oriente y Occidente a compartir el Reino, si no arrebatarlo, como nos lo anuncian los evangelios (Mt 8, 11-12; Lc 13, 29)? ¿Quién puede marcar el límite a la acción de Dios, a lo teologal? Este es el misterio de la esperanza y de la salvación.

Para hablar de la esperanza cristiana o de lo teologal de la esperanza es muy importante no deslizarse hacia ningún dualismo que separe lo cristiano de lo humano, lo trascendente de lo inmanente. Desde que aconteció el misterio de la encarnación en nuestra historia, a la fe cristiana le está prohibido todo dualismo y mucho más cualquier maniqueísmo que reniegue del mundo, de la materia y de la historia como lugares teológicos. No nos es legítimo apostar por la esperanza cristiana a costa de todas las esperanzas humanas o renegando de todas ellas. En la persona de Jesús se han aunado lo humano y lo divino, lo teologal y lo antropológico, de tal forma que en él se han realizado plena y armónicamente el ideal de la divinización y el ideal de la humanización.

Francesco Gesualdi, del *Centro Nuevo Modelo de Desarrollo* de Pisa (Italia), nos hizo ver que la economía mundial ha descarrilado porque lleva más de veinte años conducida por pilotos en estado de embriaguez. Borrachera neoliberal: nada de Estado, el mercado completamente libre para seguir el instinto depredador. Al final, el coche ha derrapado, ha terminado fuera de la carretera y ha rodado terraplén abajo. Pero era previsible: cuando se conduce de forma temeraria el accidente es inevitable.

Los periódicos han achacado la crisis a decisiones bancarias aventuradas, pero ésa no es más que la última parte de la historia. Sin embargo, Gesualdi sostiene que si queremos comprender lo sucedido tenemos que empezar por conocer bien el fenómeno de la globalización. La conciencia de toda persona civilizada se rebela contra un mundo donde el 20% más rico goza del 86% de la riqueza producida, mientras que el 40% más pobre debe contentarse con el 3%. Se ha calculado que si quisiéramos extender al resto del mundo el nivel de vida de los americanos, se necesitarían cinco planetas: uno como campos, otro como océanos, otro como minas, otro como bosques, otro como basurero. No tenemos cuatro planetas de escolta, con este único planeta hemos de alcanzar dos objetivos fundamentales: debemos dejar a las futuras generaciones una tierra habitable y debemos permitir a los empobrecidos salir rápidamente de su pobreza. La moraleja de la fábula es que ya no se puede hablar de justicia sin tener en cuenta la sostenibilidad; el único modo para conjugar lo justo y sostenible es que los ricos opten por la sobriedad, por un estilo de vida personal y colectivo más limpio. «*Vivir sencillamente, para que los otros puedan sencillamente vivir*» (Gandhi).

Julio Lois Fernández, profesor emérito del Instituto Superior de Pastoral, habló de *la hondura y dimensiones de la crisis de significación de la fe*. Si una religión no es otra cosa que un sistema de creencias, prácticas e instituciones —social, histórica y culturalmente condicionadas— con las que un grupo humano encarna, vive y expresa su respuesta a la presencia del Misterio, es obvio que ese conjunto articulado de mediaciones depende estrechamente, en todos sus elementos, del medio social, histórico y cultural en el que nacen. Esto supuesto, «la situación de crisis consistirá en una des-estructuración del sistema, un desmoronamiento de la estructura, una desarticulación de los elementos hasta ese momento articulados, y puede tener su origen en diferentes causas: el debilitamiento del impulso que mantiene viva la relación que instaura el sistema; la incapacidad de los elementos del sistema para encarnar y servir de expresión a la relación; la tensión u oposición entre elementos del sistema hasta ese momento más o menos armónicamente articulados. Con frecuencia, el desencadenamiento de la crisis puede ser un acontecimiento o conjunto de acontecimientos que

operan cambios radicales en el contexto sociocultural al que ese sistema de mediaciones pertenece».

Para Lois sólo **la honradez con la realidad** nos permitirá situarnos de forma honesta ante la seriedad de la situación de crisis que estamos padeciendo. Se trata, en efecto, de situarnos ante ella sin estrategia alguna de «disimulo de la realidad», con esa honestidad que nos impide «echar balones fuera» —es decir, achacar la crisis sin más a la perversidad de los enemigos inclementes o a la insensatez o falta de amor a la Iglesia de los creyentes críticos— si queremos realmente poder superarla positivamente.

Ángel Moreno Sancho, especialista en temas de espiritualidad y profesor del Instituto Superior de Pastoral, presentó *las diferentes respuestas del cristianismo a las crisis vividas a lo largo de la historia*. En primer lugar, hizo un recorrido por la Biblia en el que se ve que un mandamiento principal es hacer **memoria** de las actuaciones de Dios con su pueblo: «Las palabras que hoy te digo las guardarás en tu memoria, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado» (Dt 6, 6-7), para que así, recordando las maravillas que Dios ha hecho con su pueblo, no decaiga la confianza de los creyentes. Sin embargo, hay quien apela a la memoria para llamar al escepticismo, para hacer una crítica severa a páginas de la historia difíciles de contextualizar. La memoria, iluminada por la fe, se convierte en motivo de esperanza y presta a la historia un valor de profecía. Desde esta clave es posible presentar algunos datos que demuestran, a lo largo de los siglos del cristianismo, la irrupción de respuestas iluminadoras, especialmente en tiempos de inclemencia. En el Evangelio se refiere la sabiduría del escriba que saca del arca lo nuevo y lo viejo (Mt 13, 52). En esta línea, Moreno Sancho demostró que fueron los grandes santos y los mártires los que supieron, a lo largo de la historia, dar signos de esperanza a través de su vida de pobreza, de oración, rigor intelectual y de entrega a los demás. Por eso terminó su intervención con el deseo de que al igual que durante las distintas encrucijadas, en las más adversas circunstancias, siempre ha habido en la historia de la Iglesia un testigo de esperanza que ha mantenido, como el resto del pueblo creyente, la certeza de la salvación, hoy, aunque nos

parezca que de nuevo se ciernen sombras terribles sobre la comunidad de los creyentes, en el claustro o por las calles de la ciudad, en la soledad del monte o en medio del ruido del desarrollo técnico, permanecen personas que prolongan el gesto misericordioso de Jesucristo, a favor de todos los hombres, aunque no nos enteremos.

Juan Martín Velasco, profesor emérito del Instituto Superior de Pastoral, afirmó que el deseo de felicidad es el más profundamente arraigado en el corazón del ser humano. Es también el más universal de compartir. Es el testimonio que encontramos en todas las sabidurías, en todas las tradiciones religiosas y en todas las áreas culturales. Decía Pascal que todos los hombres buscan ser felices. En la época Moderna se ha producido un cambio, una ruptura entre felicidad y salvación. La felicidad comienza a remitir a una situación placentera causada sobre todo por la posesión de los bienes, que responden a las distintas necesidades y deseos humanos. La salvación, por el contrario, ha pasado a ser un terreno propio casi exclusivamente del mundo religioso. Esta separación entre felicidad y salvación es uno de los últimos avatares de lo que conocemos como proceso de secularización. Es más, en él estamos en lo que algunos llaman secularización de segunda generación. Hoy hablar de salvación choca con un mundo de incompreensión. La gente se pregunta, ¿salvados de qué? ¿Qué me van a ofrecer para la salvación?

Para Martín Velasco el dilema entre esperanza de salvación o la conquista de la felicidad se resuelve a través de una concepción del ser humano y una forma de vivir la condición humana que haga justicia a todas las dimensiones que la constituyen y que impida que la afirmación de la trascendencia del hombre sea vista como negación o ignorancia de los aspectos humanos. Estamos llamados a ser testigos de la peculiar alegría que comporta ser creyente a partir del ejercicio de la fe, el amor y la esperanza.

Camilo Maccise, religioso carmelita de México, clausuró las jornadas hablando de las razones para testimoniar la esperanza en medio de la crisis que estamos viviendo. Crisis que significa juicio, purificación y decisión. Crisis como oportunidad para recorrer caminos inéditos para enfrentar los

retos complejos y difíciles de la coyuntura actual. Citando a Dom Helder Cámara, profeta de nuestro tiempo, hacía suyo este pensamiento: «dichosos vosotros que soñáis y lucháis porque correréis el dulce riesgo de ver realizado vuestro sueño». Necesitamos aprender a descubrir los signos de esperanza siempre presentes por la acción del Espíritu. Y debemos hacerlo guiados por las enseñanzas de Jesús. En las tres parábolas sobre la semilla, que Marcos coloca en el capítulo cuarto de su evangelio, tenemos sintetizadas las actitudes que nos deben acompañar como creyentes, llamados a dar razón de nuestra esperanza (1 P 3, 15). La primera parábola, la del sembrador, nos ayuda a comprender que sin nuestra colaboración responsable, la semilla de la Palabra no da fruto. En cambio, la parábola de la semilla que crece por sí sola, es una invitación a la confianza; a sembrar y despreocuparnos, porque es Dios quien hace crecer la simiente sea que velemos o sea que durmamos. La parábola del grano de mostaza nos invita a no desanimarnos por lo poco que podamos hacer. En la lógica del evangelio de lo pequeño surge lo grande.

En las *mesas redondas* se analizaron las situaciones vividas en lugares de desesperanza, como la de las minorías cristianas en Oriente Medio, el mundo obrero y rural, o en contextos como la inmigración o las zonas marginales.

Para los trescientos cuarenta participantes, la Semana ha supuesto una ocasión importante para no decaer y confiar en el alcance del testimonio de la esperanza que otros esperan de los propios cristianos.